

LA IMAGINACIÓN LIBERAL

LIONEL TRILLING

LA IMAGINACIÓN LIBERAL

ENSAYOS SOBRE
LITERATURA Y SOCIEDAD

Prólogo de
Louis Menand

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
The Liberal Imagination:
Essays on Literature and Society

© Lionel Trilling, 1950
Renovado por Diana Trilling y James Trilling, 1978
© del prólogo, Louis Menand, 2008
© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Imagen de cubierta: Sylvia Salmi
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: septiembre de 2023

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-126489-2-8
Depósito legal: C-982-2023

A Jacques Barzun

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR LOUIS MENAND	11
PREFACIO	23
Nota bibliográfica	33
LA IMAGINACIÓN LIBERAL	35
1. La realidad en los Estados Unidos	37
2. Sherwood Anderson	61
3. Freud y la literatura	77
4. La princesa Casamassima	107
5. La función de la revista literaria independiente	151
6. Huckleberry Finn	165
7. Kipling	183
8. La oda a la inmortalidad	197
9. Arte y neurosis	249
10. El sentido del pasado	275
11. Tácito en la actualidad	295
12. Las maneras, la moral y la novela	303

13. El Informe Kinsey	325
14. Francis Scott Fitzgerald	351
15. El arte y la fortuna	365
16. El significado de una idea literaria	397
Índice onomástico	423

PRÓLOGO

La presente obra logró que la crítica literaria interesase a quienes no eran críticos literarios. Cuando vio la luz, en 1950, Lionel Trilling era profesor en Columbia y colaborador habitual de *The New Yorker* y *The New York Times*. A sus 45 años, no era en absoluto un desconocido: su tesis doctoral sobre Matthew Arnold, publicada en 1939, había sido reseñada con admiración por Edmund Wilson; su ensayo sobre E. M. Forster, de 1943, había dado lugar a un extenso artículo en la revista *Time*, y su novela *A la mitad del camino*, publicada en 1947, había despertado gran interés a pesar de su peor recepción crítica y unas ventas decepcionantes. Pero *La imaginación liberal* fue todo un fenómeno: vendió setenta mil ejemplares en tapa dura y cien mil en bolsillo. Y cambió el papel de la literatura en la vida intelectual estadounidense.

Lo primero que cabe decir de esta obra es que es un libro de la Guerra Fría. Apareció casi al mismo tiempo que *The Vital Center*, de Arthur Schlesinger Jr., *The God That Failed*, editado por Richard Crossman, y *1984*, de George Orwell: libros caracterizados por un anticomunismo liberal. Y, ciertamente, Trilling encaja en la figura del anticomunista liberal. Orwell era uno de sus héroes: nuestro autor

reseñó 1984 en *The New Yorker* (donde definió la obra como «trascendental») y escribió el prólogo a la reimpresión en 1952 de *Homenaje a Cataluña*, la célebre exposición orwelliana de la hipocresía y la brutalidad estalinistas (en dicho prólogo, Trilling habla de Orwell como «una figura esencial en nuestras vidas»). Además, nuestro hombre fue junto con su esposa Diana miembro del Comité Estadounidense para la Libertad de la Cultura (fundado en 1951) y colaboró de manera destacada en *Partisan Review*, la publicación que, desde 1937, había sido el hogar periódico de la izquierda anticomunista. Cualquiera que leyese *La imaginación liberal* en 1950 podía entender la obra como una advertencia contra el dogmatismo y el filisteísmo propios de la mentalidad del compañero de viaje, y más adelante Trilling reconoció abiertamente que su intención había sido que la colección de escritos aquí recogidos constituyese un ataque al estalinismo.

Pero resulta significativo que el término «liberal» nunca llegue a definirse en el libro. En el terreno de la teoría política, hay tipos radicalmente distintos de liberales. Según la ya famosa distinción de Isaiah Berlin, existe un liberal que cree en la libertad negativa, o *libertad frente a*, y uno que cree en la libertad positiva, o *libertad para*. Tenemos, por un lado, el liberalismo de los mercados y del individualismo y, por otro, el liberalismo de la planificación y lo colectivo. Suele llamarse liberal a quien piensa que los discursos de odio deben prohibirse, pero también a quien piensa que la libertad de expresión debe ser absoluta. En la época de Trilling, la división entre los liberales anticomunistas y los liberales opuestos a los anticomunistas parecía insalvable, aunque hoy la consideremos de escasa importancia (pues la mayoría de quienes se oponían a los anticomunistas no eran procomunistas). Algu-

nos liberales sostenían que quien era miembro del Partido Comunista quedaba descalificado para ejercer la enseñanza o unirse a un sindicato, pero otros liberales no estaban de acuerdo. Así pues, cuando en el prefacio de *La imaginación liberal* Trilling dice que, «en nuestros días, el liberalismo es en los Estados Unidos no ya la tradición intelectual dominante, sino más bien la única», nos está indicando, con su característico estilo elíptico, que él contempla a todos los liberales del mismo modo. Porque una percepción clave en el libro es que la mayoría de los seres humanos no son ideólogos; no se caracterizan por la coherencia intelectual en el terreno de la política. Sus opiniones políticas pueden ser rígidas, pero no son necesariamente rigurosas. Tienden a derivar o ser reflejo de alguna combinación de sentimientos, costumbres y aspiraciones morales. Según Trilling, ello no hace que esos puntos de vista tengan menos fuerza en el mundo político; al contrario, lo que requiere del análisis crítico y lo compensa son las actitudes y las suposiciones no examinadas —las cosas que la gente contempla como meras cuestiones de maneras o gusto, y nada tan importante al respecto como las posiciones políticas—. Como leemos en el capítulo dedicado a *Partisan Review*: «A menos que insistamos en que la política es imaginación e intelecto, descubriremos que el intelecto y la imaginación son política, y una de un tipo que no nos gustará».

En opinión del autor, la suposición que comparten todos los liberales, ya sean apologetas del sóviet, defensores hayekianos del libre mercado o suscriptores de *Partisan Review*, es que las personas son perfectibles. Un liberal es alguien que cree que el sistema económico correcto, las reformas políticas correctas, el plan de estudios correcto, la psicoterapia correcta y la postura moral correcta acabarán

con la injusticia, el esnobismo, el resentimiento, los prejuicios, la neurosis y el conflicto trágico. Es una persona que piensa que hay un camino recto a la salud y la felicidad. Y la afirmación esencial de *La imaginación liberal* consiste en que la literatura nos enseña que la vida no es tan simple —puesto que la injusticia, el esnobismo, el resentimiento, los prejuicios, la neurosis y el conflicto trágico son el tema particular de dicha literatura—. Por eso la crítica literaria tiene algo que decir sobre política. Obviamente, no toda obra literaria nos hace tomar conciencia de ese tipo de complicación que Trilling quiere que el liberalismo afronte. *La imaginación liberal* es una obra descendiente de *Cultura y anarquía* (1869), de Matthew Arnold, otro libro cuyo objetivo era corregir al liberalismo de su época, y Trilling emplea el término «literatura» de la misma manera que Arnold empleó «cultura» y «poesía»: como un término general que en realidad se refiere a un canon selecto. Patrullar los límites de ese canon es uno de los principales deberes de los críticos, y una generación de estos, muchos de ellos inspirados en el ejemplo de Trilling, asumió tal tarea.

La forma en que la literatura es abordada en *La imaginación liberal* permite extraer dos lecciones, y cada una apunta en una dirección muy distinta. La primera lección, y la más influyente, es que hay obras literarias que son más o menos higiénicas desde el punto de vista político. La función de la crítica es identificarlas y explicar por qué tienden a tener buenas o malas consecuencias políticas, tarea esta que requiere de una habilidad especial, ya que la perspectiva política de un libro puede ser bastante distinta de sus consecuencias políticas:

Dreiser y James: con esta contraposición nos hallamos de inmediato en la oscura y sangrienta encrucijada donde

la literatura y la política se cruzan. Uno no va allí por gusto, pero hoy en día ir o no ir dista de ser un asunto de libre elección [...]. El juicio liberal de Dreiser y James va más allá de la política, se remonta a las asunciones culturales que la conforman.

El asunto de la oscura y sangrienta encrucijada, que recuerda a los ejércitos ignorantes de Arnold y al momento parricida de Edipo, es bastante dramático: hace que parezca que hay mucho en juego a la hora de entender bien los libros. Asigna una misión a la crítica literaria. Y aunque no se derramó sangre real en las disputas sobre James, Frost o T. S. Eliot durante las guerras literarias de los años 50 y 60, el espíritu de batalla animó a la crítica.

Pero la idea de que las personas tienen algún tipo de obligación moral de hacer coincidir sus gustos artísticos y literarios con sus opiniones políticas ejerció en la época de Trilling un atractivo mucho más poderoso que el que ejerce hoy. Cuando *Partisan Review* rompió con el Frente Popular, lo hizo abrazando el arte y la literatura modernistas. Ese gesto pretendía ser, en sí mismo, un acto político. Y los editores de *Partisan Review* no proponían simplemente que el arte y la literatura modernistas fuesen apreciados con independencia de la posición política de cada uno; buscaban explicar por qué la apreciación del modernismo concordaba con el progresismo político. *La imaginación liberal* fue pionera al respecto, en particular por la prominencia otorgada a Henry James, quien por entonces solía ser contemplado como un escritor enamorado de las maneras de las clases altas y como un practicante de un esteticismo elitista. Además, Trilling concordaba con *Partisan Review* al insistir en que el lector progresista debía leer literatura modernista precisamente

por el desafío que esta plantea a menudo a las creencias progresistas:

Los autores contemporáneos que más deseamos leer, y que más deseamos admirar por sus cualidades literarias, exigen que despleguemos agilidad e ingenio para lidiar con la oposición que ellos muestran a nuestros ideales sociales y políticos.

Desde la década de 1960, sin embargo, los gustos culturales se han liberado en gran medida de la política. Las revistas de opinión todavía usan la contraportada para reafirmar los puntos de vista expresados en la portada, pero, en las sociedades liberales, las personas instruidas tienden a ser culturalmente promiscuas y permisivas. Ya no empleamos un lenguaje de aprobación y desaprobación en nuestras respuestas estéticas; simplemente nos gustan unas experiencias y nos desagradan otras. Para la mayoría de las personas, no *importa* si alguien prefiere a Dreiser o a James. Se entiende que el arte y la literatura son demasiado polisémicos como para sustentar una política. Y esto ha hecho que la crítica tenga menos tareas morales y políticas. Si hay encrucijadas sangrientas que requieren de la atención del intelecto crítico, la novela no parece cruzarlas.

Trilling se esforzaba de manera agónica cuando escribía. Era un hombre de muchos borradores, y su prosa muestra el trabajo que se tomaba con ella. Se lee como si hubiera sido escrita por alguien a quien le preocupaba que un pensamiento imperfectamente equilibrado pudiera crear una grieta, por pequeña que fuera, a través de la cual se colasen los impulsos totalitarios. Sin embargo, equilibrar un pensamiento es la esencia del genio de Tri-

ling. Sus enunciados característicos son circulares; a veces incluso pueden parecer una negación de sí mismos:

Suponer que podemos pensar como los hombres de otro tiempo es un espejismo equivalente a suponer que podemos hacerlo de manera completamente distinta.

El poeta, sin duda, es un efecto de su entorno, pero debemos recordar que también es en igual medida una causa.

Quienes somos liberales y progresistas sabemos que los pobres son nuestros iguales en todos los sentidos excepto en el de ser iguales a nosotros.

Y al hilo del Informe Kinsey, nos dice:

Quizá solo la ciencia podría emprender la tarea de liberar a la sexualidad de la ciencia misma.

Estas frases son fruto de un intelecto que no es paradójico, sino dialéctico. Trilling lo contempla todo bajo un doble aspecto: como causa y efecto, progreso y reacción, comprensión y autoengaño. Ve que el arte y la opinión son funciones de aquello contra lo que se definen; que nuestras actitudes de oposición son producidas por las actitudes a las que nos oponemos —en cierto sentido, son cómplices—. La cultura es una pescadilla que se muerde la cola: hay una cabeza y hay una cola, pero cambian continuamente de posición, y son parte del mismo sistema. El escándalo de ayer es la vaca sagrada de hoy. Y esto no es simplemente una ironía de la modernidad; está en la naturaleza del arte y de las ideas mismas. La consecuencia —y la segunda y más difícil lección que extraer de cómo es abor-

dada la literatura en *La imaginación liberal*— es que no existe un punto estable fuera de una cultura desde el cual podamos criticarla. Lo antagonista y lo subversivo tienen cabida dentro del sistema; son creaciones de este, que no puede sobrevivir sin ello. Esto es fácil de ver cuando se contempla la cultura como lo hacen los antropólogos, y así la contempla Trilling.

La perspectiva antropológica dificulta explicar cómo las novelas y los poemas pueden complementar de forma claramente benéfica la política. Trilling nunca abandonó la aspiración moralista de su crítica literaria, ni abandonó su propio canon, pero se mostraba preocupado por la utilidad de todo ello. Vio que la literatura que él admiraba podía emplearse fácilmente para justificar desarrollos que, a su juicio, podían resultar perniciosos. El radicalismo sexual de D. H. Lawrence, por ejemplo, tiene un tipo de significado en una sociedad donde el sexo está cuidadosamente regulado: obliga a los lectores a confrontar sus propios prejuicios y sus propias prácticas; y tiene un significado por completo distinto en una sociedad sexualmente permisiva: no hace más que ratificar aquello que ya no causa fricciones, pues ya no se da esa resistencia que forja el carácter. La obra de Lawrence, en su momento, ¿constituyó simplemente un avance de la sociedad liberal hacia el ideal de la libertad de conciencia en lo que atañe al sexo? La ambivalencia sobre el valor educativo de la literatura acecha en el trasfondo de muchos de los ensayos de *La imaginación liberal*, un libro con un claro propósito polémico. Y esa ambivalencia se hizo explícita en los siguientes libros de Trilling: *El yo antagonico* (1955), *Más allá de la cultura* (1965), *Sinceridad y autenticidad* (1972) y la antología póstuma *La última década* (1979).

Desde la publicación de *El yo antagónico*, los comentaristas acusaron frecuentemente a Trilling de haberse alejado del espíritu de compromiso político característico de sus primeros ensayos. En la década de 1960, algunas de las críticas provinieron de sus propios exalumnos de la Universidad de Columbia. Pero tales críticos todavía albergaban la creencia de que el arte es la vanguardia del progreso, de que la literatura puede preparar al mundo para el cambio político. Trilling se limitaba a ser fiel a los impulsos de su temperamento: seguía la lógica de su pensamiento dialéctico y la aplicaba a sus propias prescripciones. Todavía le preocupaba demasiado la cultura; exageraba el efecto que las modas y los gustos pueden tener en la vida ordinaria. Podría ser contemplado como un hipocondríaco cultural, alguien a quien le inquieta la posibilidad de contagiarse a causa de una experiencia indigna. Pero también le preocupaba el hecho de que la excesiva preocupación por la cultura pasa por alto lo que es importante para la vida cotidiana. A mi juicio, el escepticismo de Trilling con respecto al programa crítico que lo hizo célebre, su capacidad para pensar los límites de su propio pensamiento, es lo mejor de su obra, la pieza más valiosa de su legado intelectual.

LOUIS MENAND

PREFACIO

Los ensayos incluidos en este volumen fueron escritos durante la última década, y la mayoría durante los últimos tres o cuatro años. Los he revisado a fondo casi todos, aunque sin alterar la intención original de ninguno. En la nota bibliográfica incluida al final de este prefacio se indica dónde fueron publicados originalmente. Agradezco el permiso para reimprimirlos aquí a *The American Quarterly*, *Horizon*, *The Kenyon Review*, *The Nation*, *The New Leader*, *The New York Times Book Review* y *Partisan Review*, así como a Columbia University Press, The Dial Press, Macmillan Company, New Directions y Rinehart & Company.

Aunque los ensayos abordan asuntos diversos, creo que tienen cierta unidad. Y, para indicar brevemente en qué consiste tal unidad, quizá podría decir que se deriva de un interés permanente en las ideas características de eso que llamamos vagamente liberalismo, un interés sobre todo en la relación entre esas ideas y la literatura.

En nuestros días, el liberalismo es en los Estados Unidos no ya la tradición intelectual dominante, sino más bien la única. Porque es un hecho obvio que no hay en circulación general ideas conservadoras o reaccionarias. Lo cual

no significa, por supuesto, que no existan impulsos hacia el conservadurismo o la reacción. Tales impulsos son en verdad muy fuertes, quizá más de lo que la mayoría de nosotros pensamos. Pero, con algunas excepciones aisladas y unas cuantas excepciones eclesiásticas, el impulso conservador y el impulso reaccionario no se expresan mediante ideas, sino solo por medio de acciones o de irritadas actitudes mentales que buscan parecerse a las ideas.

Esta condición intelectual del conservadurismo y la reacción quizá les parezca a algunos liberales un hecho afortunado. Cuando decimos que un movimiento está en la «bancarrotita de ideas», es probable que supongamos que se halla exangüe. Pero no es así y, como indica la experiencia europea del último cuarto de siglo, es peligroso para nosotros darlo por sentado. Porque, en la situación moderna, un movimiento recurre a la fuerza, enmascarándola con la ideología, precisamente cuando cae en la desesperación por no tener ideas. Es más, no contribuye a la fortaleza del liberalismo el que este sea el único ocupante del campo intelectual. En uno de los capítulos de este libro menciono una observación de John Stuart Mill en su famoso artículo sobre Coleridge. Aquel discrepaba de este en el terreno intelectual y político, pero aun así instaba a todos los liberales a familiarizarse con aquella poderosa mente conservadora. Según Mill, la plegaria de todo verdadero liberal debía ser la siguiente:

Señor, ilumina a nuestros enemigos [...], agudiza su ingenio y sus percepciones, confiere coherencia y claridad a su facultad de razonar. Aquello que supone un peligro para nosotros es su insensatez, no su sabiduría; lo que nos llena de aprensión es su debilidad, no su fortaleza.